

templos, más rica y más valiosa que la herencia ensangrentada de Leuctra, que el hijo *invencible* de la Bocioa les dejó á las comarcas belicosas de la Grecia.

¡Pueblos de la tierra! venid á inspiraros y á fortaleceros al borde de esta tumba para continuar la lucha que teneis que sostener; esa lucha titánica y porfiada del bien contra el mal, de la libertad contra la tiranía, de la justicia contra la iniquidad, del derecho contra la fuerza. Venid á inspiraros y á bañaros de luz en las puertas de la inmortalidad, donde acaban las sombras de la noche y donde comienzan los brillantes albores del día sin fin. Venid llenos de fé y de esperanza, acordandolos de que sobre las tumbas es donde se levantan todos los estandartes de las grandes causas, como se levanta sobre una tumba el estandarte divino que le recuerda á la humanidad, que Cristo venció el mal sobre una tumba y sobre una tumba triunfó de la muerte.

DIJE.

LA CALLE DEL DUENDE

Isabel y Lorenza se llamaban dos hermanas jóvenes de 19 y 20 años respectivamente, hijas de Fernando Aguilar y de su esposa Carmen Mercado.

Esa familia vivía en la Ciudad de Guanajuato á principios del siglo pasado, y Fernando la sostenía trabajando en las minas de Valenciana.

Parecía que nada podría alterar la tranquilidad en aquel hogar.

Fernando llevaba semanalmente á su esposa el producto de su trabajo y Carmen y sus hijas hacían sus compras para toda la semana y se dedicaban en el interior de su casa á los quehaceres propios de su sexo, y muchas veces ayudaban á los gastos de la familia con lo que les producía alguna obra de costura y de repostería.

Un domingo, entré la multitud de gente que había ido á oír misa de once en la Parroquia de Guanajuato, salieron las bellas hijas del

minero, llamando, como siempre, la atención de los jóvenes que las veían, por su singular hermosa y por la modestia que se retrataba en sus apacibles semblantes.

Ese día las vió por primera vez Miguel Arce, hijo de un rico hacendado del Bajío, y como atraído por poderoso imán, siguió los pasos de las jóvenes hasta conocer la casa y calle donde vivían. En el trayecto de la Parroquia á la casa de Fernando, las miradas de Miguel y las de Isabel se cruzaron más de una vez, hasta el punto que al entrar las jóvenes á su habitación, Isabel dirigió una última mirada, como de saludo y despedida, al desconocido joven que las siguiera.

Al poco tiempo los cuchicheos de las gentes del barrio destrozaban sin piedad la hora de Isabel, asegurando que era amante del rico joven, y que se le veía poco en la calle porque el estado que guardaba la obligaba á permanecer en encierro. Poco tardó en llegar tal rumor á oídos de Fernando, quien trató inmediatamente de averiguar la verdad. Pidió una licencia de cuatro días al Admor. de la mina, y sin que en su casa lo supieran ni la misma esposa, se instalaba noche á noche en un punto adecuado para ver si alguno penetraba ó se acercaba á la habitación. La tercera noche observó que un embosado se dirigía á la única ventana de la casa; que llegó y se paró agarrándose de las berjas de madera. Fernando, desde su escondite, no podía ver si la ventana estaba abierta, y menos si había por dentro alguna persona; de ahí es, que resuelto á todo

potismo. Puesto en una grave alternativa, escogió lo que debía escoger como patriota, como liberal y como sábio; porque no hay medio ni puede haberlo en esta disyuntiva: Ciudadanos ó Vasallos, Republicanos ó Cosacos: Napoleón lo ha dicho y esta palabra se ha de cumplir.

Tales son Conciudadanos, los servicios eminentes que prestó Adolfo Thiers, no á banderías de forma, sino á principios universales; no á aspiraciones personales sino á tendencias humanitarias; no á un sólo pueblo sino á todos los pueblos que aspiran á la perfección bajo la responsabilidad impuesta por Dios á la libertad de conducta. Tales son en pálido bosquejo las postreras acciones del ilustre personaje, cuya memoria hemos venido á honrar ante este monumento fúnebre, no con el lenguaje de la vida á quien descompone la lisonja, sino con el idioma de la muerte á quien tanta gravedad comunican los misterios de la tumba. Acciones generosas por sus intenciones, elevadas por su objeto y fecundas por sus resultados; acciones en fin con todos los caracteres de las acciones virtuosas, heroicas y brillantes de las inteligencias, de los justos, y de los héroes. Tales son las últimas acciones del hombre extraordinario, que llevaba sobre sus hombros como un atlante, no solo el grande peso de la nacionalidad francesa, sino el peso todavía mayor de las esperanzas y de las aspiraciones de la humanidad.

Tales son las acciones de Adolfo Thiers, que ha concluido la carrera de su vida cubier-

gloria y de grandeza, aunque por desgracia antes de haber terminado la obra magestuosa de las aspiraciones comunes, antes de dejarla libre de los peligros que le amenazan y antes de verla triunfante de los enemigos que la combaten. ¿Habrá arrastrado consigo al sepulcro todas las esperanzas de la República, todos los medios de su defensa, todos los elementos de su conservación y todas las fuerzas de su vida? ¿No se dará la gran batalla con la firmeza de la fé, con el estímulo de la esperanza y con el vigor de la conciencia, que tenían las filas republicanas de Europa cuando se encontraban animadas, movidas y dirigidas por su jefe? ¿Tendrá que lamentar la Francia con la muerte de este grande hombre la pérdida de su tranquilidad, de sus libertades y de su grandecimiento? ¿Deberá renunciar el mundo á la esperanza de ver reprimidas las tendencias de la fuerza y del despotismo y de ver coronadas las nobles y generosas aspiraciones del derecho y de la libertad?

Conciudadanos; que respondan por mí vuestros principios y vuestros sentimientos; vuestros principios republicanos, que son los principios de la justicia y vuestros sentimientos democráticos que son los sentimientos de la naturaleza vigorizados por el espíritu cristiano: que digan ellos, si pueden extinguirse los resplandores que despiden, si pueden acabarse los bienes que procuran. Sería desconocer la fuerza de los unos y la firmeza de los otros, si sospecháramos siquiera que la muerte de Adolfo Thiers había puesto en peligro la suer-

te de tan indestructibles intereses; sería menospreciar la grandeza del bien y glorificar la pequeñez del mal, si creyéramos que la muerte había perdido lo que precisamente salva, lo que absolutamente no puede perder. Sería ofender la memoria del Apóstol, si limitáramos tan mezquinamente el poder de sus últimas acciones, si no les diéramos todo alcance póstumo que tienen las acciones inmortales. Podemos pues creer y afirmar, que con el gran republicano no han muerto los principios, las esperanzas ni las fuerzas de la República: porque la tumba de los grandes patrios ó de los grandes apóstoles es la mejor cátedra que puede levantarse para alentar y sostener las esperanzas y los principios; porque ella ilustra y fortifica el corazón de los sostenedores y propagadores que quedan en la vida. Nada se perderá; porque el vigor y los principios quedan en el mundo, quedan depositados en las almas nobles y generosas de los hombres ilustres y denodados que componen el apostolado republicano. No temamos pues que hayan desaparecido en esa tumba tan grandes y preciosos intereses; puesto que Adolfo Thiers no ha podido llevarse las ideas con que se sostienen y defienden; porque tenía que dejárselas á la humanidad á quien pertenecen; porque la muerte solo se ha llevado el cuerpo pero no el pensamiento, sólo la materia pero no el espíritu que ha quedado en un reguero de luz, para guiar á los que siguen combatiendo y para disipar las tinieblas que puedan extraviarlos. La muerte solo es muerte para la corteza

del árbol pero no para la savia, solo para el capullo pero no para la crisálida; la savia continúa fecundizándolo todo y la crisálida sale de la cárcel que se destruye, convertida en brillante mariposa, trasfigurada con los mil colores del iris de los cielos. Los hombres que trabajan y que luchan, que pasan la vida, no con la vista inclinada hacia la tierra como el bruto, sino levantada hacia los cielos como el génio; buscando verdades que revelar á los hombres, practicando virtudes con que enaltecer sus acciones, y reflejando en su frente la imágen purísima del Creador; esos hombres no mueren Conciudadanos, esos hombres no desaparecen de la tierra, sino que aseguran en ella su mansión por medio de la memoria de sus hechos, por medio del místico legado de sus grandes pensamientos y de sus acciones virtuosas. De esos hombres animosos y elevados fué Thiers en el último tercio de su vida: por eso no ha muerto, sino se ha trasfigurado, tomando en esa tumba la vestidura inmortal, y desafiando en ella la borrasca de las sombras y el golpe de los siglos! ¡Verdad consoladora para los que combaten y trabajan, pero desconsoladora y amarga para los que se rinden ó sucumben! para estos la oscuridad y la infamia; para aquellos la inmortalidad y la gloria!

Sí, Conciudadanos, Adolfo Thiers no ha muerto, sino que vive tras de esa tumba con una vida permanente y completa, nutriéndose con una savia que jamás se acaba, vigorizándose con una fuerza que jamás se debilita,

lo que pudiera suceder echó á andar muy despacio por la acera contraria, deteniéndose enfrente de la ventana.

Isabel, que era la que estaba en ella platicando con Miguel, no pudo sospechar que su padre anduviera á esas horas en la calle porque sabía que desde el lunes que entraba á trabajar en la mina, no salía sino hasta el sábado.

Sin embargo, al pararse Fernando frente á la ventana llamó la atención de los novios, Miguel no lo conoció, pero un estridente grito de Isabel hizo que el joven se desprendiera de la ventana, y avanzara en dirección al bulto que como una estatua estaba á su frente.

Al acercarse Miguel á Fernando para saber quien era, ya blandía este en su diestra agudo puñal. El joven retrocedió desvainando su espada y le preguntó que se le ofrecía. En ese momento reconoció al padre de su amada, envaino su acero y se inclinó pidiéndole perdón.

Fernando le hizo los justos cargos que en su concepto merecía, á los que Miguel contestó que nada era cierto de lo que la maledicencia murmuraba respecto á Isabel, que él la amaba con el legítimo fin de hacerla su esposa, y que si no había dado aún paso alguno en ese sentido era porque temía la cólera de su padre que indudablemente se opondría á su enlace con Isabel, por ser esta de familia pobre; pero que ya descubiertas sus relaciones por el padre de su amada arrostraría todo, y pediría al suyo el permiso correspondiente para verificar su matrimonio. Suplicó á Fernando que le perdonara el que hubiera desenvainado

su espada para atacarlo, porque de pronto creyó que se trataría de otro pretendiente de Isabel y los celos lo impulsaron á hacerlo; le rogó por último que entrara á la casa á prestar á su hija los socorros que necesitaba por aquella terrible sorpresa que había recibido, y se despidió ofreciéndole que lo buscaría en su casa ó en la mina, tan luego como pudiera comunicarle la resolución de su padre.

*
* *

Pasaron varios días. Miguel ya no iba como de costumbre á hablar en las noches con Isabel, ni se presentó en la casa ni en la mina á cumplir el ofrecimiento hecho á Fernando.

Después de una semana el padre del joven mandó llamar á Fernando; le reprendió con dureza por los amores de Isabel con su hijo y le dió á escoger entre recibir una regular cantidad de dinero y salir violentamente de Guanajuato á radicarse á 40, ó más leguas de distancia ó sufrir el destierro á algún punto de la costa, por que se quejaría al Intendente de Guanajuato de los inconvenientes y desiguales amores de su hijo, y mediante la influencia que le proporcionaba su alta posición social, conseguiría, en el acto que le pidiera, orden de destierro para Fernando y su familia.

El tímido padre de Isabel, después de muchas vacilaciones y de ver con acerbo dolor los terribles sufrimientos de su adorada hija, optó por lo primero y salió con su familia de Guanajuato. Miguel ya estaba en México, para don-

de lo envió su padre el mismo día que pidió licencia para casarse.

Isabel, al salir de Guanajuato, no supo para donde se dirigía su padre, y éste cumplió su compromiso con el de Miguel, ocultando á su familia la entrevista de ambos y el lugar á donde se expatriaba.

Fernando se radicó en la Ciudad de San Luis Potosí, tomó una casita en la calle real del camino de Guanajuato, que ahora solo se llama de Guanajuato, y empezó á trabajar como comerciante ambulante de efectos de mercería. Llevaba sus mercancías por todos los pueblos, haciendas y ranchos del Norte de la Provincia, llegando hasta Saltillo y Monterrey. De aquellos puntos traía animales que realizaba en San Luis, y volvía á salir con la *varilla* y algunas veces con calzado que realizaba bien en Catorce y en todos los pueblos que acostumbraba recorrer.

*
* *

Tendría dos años de establecido Fernando con su familia en San Luis, cuando los vecinos de San Sebastián, y del rumbo de l Santuario, empezaron á correr la voz de que en una de las calles laterales del camino de México al de Guanajuato, espantaba, que en el silencio de la media noche se veía salir de una cerca de órganos, un duende de elevada estatura, envuelto en un manto blanco, y que á pasos lentos y largos atravesaba la calle real de Guanajuato, seguía por el callejón que conduce á la del Santuario y desaparecía en una barda

que no tenía puerta ni portillo para ninguna casa, sin dejar alguna huella de escalamiento en la pared.

Los vecinos de esos barrios se afirmaban más en su creencia de que aquel fantasma debía ser un ente del otro mundo porque decían que sólo era visible para las gentes, puesto que en su tránsito por las calles y á su llegada á la barda donde desaparecía no era sentido ni visto por los perros; puesto que jamás notaron que esos animales se abalanzaran contra el duende, ni le ladraran al pasar junto á ellos.

Aquel barrio fué poco á poco quedando desierto. Al principio se reunían los vecinos resueltos á encararse con el fantasma; y armados de hisopos y agua bendita, preguntarle *de parte de Dios si era de este mundo ó del otro*; pero al ver la indiferencia con que el duende marchaba sin preocuparse de la gente que iba en su seguimiento, y que al llegar al punto de su destino hacía ademán de acometer á los que se le accreaban, abriendo sus enormes brazos como para aprisionar en ellos al que se pusiera á su alcance, echaban todos á correr invocando los dulces nombres de Jesús, María y José, y algunos caían al suelo sin sentido.

La noticia del duende de San Sebastián llegó en breve al centro de la Ciudad, y la preocupación popular le dió proporciones gigantescas, haciendo correr la especie de que el fantasma llegaba todas las noches hasta el atrio del templo de la Merced, que se sentaba en la puerta del convento, que muchas veces reco-

rría todas las calles de la Virgen [1] llegando hasta la plaza principal, y que entraba al portal de las casas reales, sentándose entre los soldados de la guardia sin que estos lo observaran. Que otras veces andaba por distintas calles y que cuando encontraba rondas lanzaba quejidos lastimeros y agudos. Que los ministros [2] caían desmayados y el duende seguía imperturbable su camino.

Viendo los vecinos de San Sebastián que eran infructuosas sus reuniones para interpelar al ente del otro mundo sobre lo que buscaba en éste, recurrieron al arbitrio de ahuyentarlo por medio de prácticas religiosas y de toques de campanas. Unas veces se aglomeraban en el atrio de la Iglesia resando en alta voz, desde que el fantasma surgía de entre los órganos hasta que desaparecía en las bardas ó en las mismas calles del barrio; otras subían á la torre y tocaban rogaciones alarmando á las gentes que estaban ya entregadas al sueño, las que también se arrodillaban recitando el *magnificat*, todo el tiempo que duraba la rogativa.

Tanto impresionó á las gentes la existencia del duende de San Sebastián, que las autoridades de la ciudad, no obstante que también participaban de igual preocupación, creyeron de su deber averiguar por su parte lo que bus-

[1] tres de esas calles se llamaron después de la Merced y las otras cinco de la Concepción. Alineados llevan el nombre de "Zaragoza".

[2] Así se llamaban legalmente los individuos que formaban las rondas.

caba ó pretendía aquella alma en pena. Enviaron diversos agentes á que se apersonaran con el fantasma, pero no hacían estos más que verlo y ponían pies en polvorosa, volviendo jadeantes á la ciudad, víctimas de horroroso espanto. Entonces el comandante de la plaza ordenó que un piquete de tropa, al mando de un capitán, se apostara en un lugar conveniente desde donde pudieran ver la salida del fantasma; que al acercarse le diera el "¿Quién vive?" marcándole el alto, y que si no obedecía se arrojase sobre él toda la tropa. Que si era posible apoderarse del *espanto* lo trajeran entre filas al cuartel; pero sí, como era lo más seguro, el fantasma se desvanecía al acercarse le diera en el acto el jefe del piquete el correspondiente parte, para que á su vez el Sr. Intendente pusiera todo en conocimiento de la autoridad eclesiástica, para los fines á que hubiera lugar.

El jefe de aquella tropa cumplió con exactitud las primeras órdenes, pero al aparecer el el duende se apoderó de él y de los soldados un terrible pánico, y no queriendo que el fantasma se les fuera á desvanecer al acercarse, mandó á sus subordinados que le hicieran fuego. El duende cayó al suelo exhalando un leve quejido. Los soldados y curiosos se acercaron á aquel bulto ya inanimado, y vieron con sorpresa el cadaver de un joven rubio, de aspecto simpático y hermoso.

En las diligencias practicadas por la autoridad se descubrió que aquel joven era el hijo del rico hacendado del Bajío, cuya filiación

existía en la Intendencia, remitida por la de Guanajuato, para que se buscara al joven Miguel y se remitiera al lado de sus padres. [1]

El desventurado amante había venido á San Luis en seguimiento de su adorada Isabel; vivía oculto en el barrio cerca de la casa de Fernando, y todas las noches iba á platicar con la joven por un agujero que había abierto en la barda del corral. Quería permanecer así catorce meses que le faltaban para llegar á la mayor edad, y poder ya entonces verificar libremente su soñado enlace.

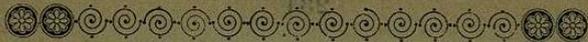
La desgraciada Isabel, no pudiendo resistir tan terrible golpe, y resuelta á renunciar á la vida del mundo pidió á sus padres permiso para encerrarse en un convento. Así lo hizo, ingresando al de Concepcionistas de San Miguel el Grande (hoy San Miguel de Allende) donde acabó su existencia á los 36 años de edad.

Desde la trágica muerte de Miguel la voz pública llamó á la calle donde el fantasma aparecía y en la que recibió la muerte el infortunado joven *Calle del Duende* y más tarde se le dió oficialmente el mismo nombre, conservándole todavía hasta nuestros tiempos.

MANUEL MURO.

SAN LUIZ POTOSI

(1) Esas diligencias existen en esta ciudad en el archivo de la antigua audiencia.



DISCURSO

PRONUNCIADO POR SU AUTOR

SR. LIC JOSE G. ROSTRO

LA NOCHE DEL 27 DE NOVIEMBRE DE 1884

con motivo de haberse suspendido el reconocimiento de la injustificada deuda inglesa.

CIUDADANOS, HERMANOS MIOS:

Pronto se contarán cien años desde que aquel orador dijo: "Prefiero las borrascas de la libertad á la calma de la esclavitud." Y el eco de esas palabras repercute aún en los pechos de la generación que hoy nace á la vida pública, para jurar en ellas el credo de su amor patrio, y jurarlo poniendo por testigos los astros y las nubes, á la faz del firmamento, en el hogar y en las plazas, en el combate y la victoria, en la vida y en la muerte.

La lucha del mal contra el bien se inauguró en el paraíso, y aún continúa. Si tiranos hubo siempre, siempre también hubo libertadores. Por un apóstol que vende, permanecen once leales; y al desaparecer todos del escena-

rio de la historia, el primero no dejó tras sí más huella que la infame cuerda corrediza y la maldición perpétua de los tiempos y los pueblos, en tanto que los segundos legaron á los siglos inmensa y resplandeciente cauda de luz, de gloria, de virud, de amor y libertad en la que todavía se envuelve y deuto de la cual palpita lleno de vida todo el género humano. Nuestra querida patria, sujeta como está á esas leyes ineludibles de la humanidad, ha dado abrigo en su seno á esa lucha del mal contra el bien; ella también alimenta malos hijos que la traicionan y la llevan al mercado y la proponen y la venden; no le ha faltado una Dálila monstruosa que esconda sus ciecas bezas en el polvo de las curules; tampoco le han faltado las maldecidas tijeras que se llaman, "reconocimiento de la deuda inglesa;" pero obedeciendo esas mismas leyes bien podemos exclamar, que ¡ay de Dálila si corta, porque son conocidas sus intenciones traidoras! ¡ay de ella si atenta contra el terrible Sanzón que derramó la sangre de sus venas, once años para darse independencia y cincuenta para darse instituciones! ¡advierta que para los que quisieron españoles hubo un castillo de Granaditas; para los que quisieron franceses hubo un cerro de las Campanas, y para los que quisieran ingleses ó norte-americanos hay ciento trece mil leguas cuadradas de territorio mexicano, y en todo él, muchas ramas de árbol para suspender cuerdas, muchas piedras para aplastar cabezas, mucho polvo para enterrar inmundicias, y mucha indignación, para que

un huracán de maldiciones barra de nuestros aires hasta las almas de los que comerciaron con su madre y con su honra!

Peró no es éste el momento para que rujan las iras populares; momento es de generosidad, de entusiasmo y de alegría; momento de embriaguez gloriosa para el pueblo que, después de haber visto próxima á sozobrar la nave de su país, logró detener las olas y refrenar las tempestades que amenazaban hundirla en el abismo. La nación mexicana despertó por fin del letárgico sueño que la embargaba y mantenía tendida sobre sus montañas y llanuras, al arrullo de sus bosques, de sus ríos y de sus mares: escuchó por fin la voz del Dios de las naciones libres y honradas que como á Lázaro la dijo: "Levantate y anda;" y la nación mexicana se levantó gigante y digna, y la votación de la deuda inglesa suspendióse. La inundación amenazaba destruirla; pero su tronante voz como ciclópeo dique detuvo las aguas destructoras sólomente, porque dejó pasar toda aquella basura de excreación que arrastraban en sus oleadas inmensas, para que con esa basura medren también los que esperaban recoger las arenas de oro de la infernal corriente.

¡Oh hijos de San Luis, hombres honrados, vosotros los que sentís palpar dentro del pecho el alma de los Hidalgo y Morelos, levantad todos la voz vibrante y poderosa para que la escuche la ciudad, y la escuche el continente, y la escuchen los confines de la tierra, y jurad que antes de la pérdida de vuestra pa-

tria, antes de la venta de vuestras madres, vuestras esposas, vuestros hijos y los huesos de vuestros padres, en los mercados extranjeros, morirán los potosinos todos! ¡Oh hijos de San Luis, los cobardes y egoístas nunca tuvieron más que esclavitud; sólo los hombres abnegados y valientes tuvieron libertad; nada temais, porque tenemos contra las ballonetas el derecho, contra las traiciones corazón! ¡Viva México!





¿QUIEN FUE JUAREZ?

Para el partido conservador, Juárez fue el TITAN que anonadó fueros y preeminencias, y el que con voluntad enérgica fulminó leyes mortales para la desmedida ambición del clericalismo.

Para los verdaderos mexicanos, Juárez fué y será el Dios Justiciero que, en el histórico Cerro de las Campanas, dió el tiro de gracia al imperio de Maximiliano, sellando con la sangre de éste y la de los traidores que le acompañaban, la solemne acta de nuestra segunda independencia, asegurando así la soberanía de la República Mexicana.

Para las demás Repúblicas de América Juárez fué el hombre puro sin mancha á quien por sus virtudes cívicas, su energía, su constancia y talento que desplegó en la defensa de México, el Congreso de los Estados Unidos de Colombia, expidió en Bogotá, con fecha 1^o de Mayo de 1865, un decreto por el cual bautizó á Juárez con el alto y merecido nombre de BENEMERITO DE LA AMERICA.

Y todas las naciones ven en Juárez el sol de la Reforma cuyos benditos rayos fijaron en

México la "Aurora intelectual," que alumbrará eternamente la libertad de conciencia.

Y esa luz, que hace un siglo destelló de los hojos del niño indio, no será ya eclipsada en México por las tenebrosas sombras del obscurantismo, y siempre pura y siempre brillante alumbrará constantemente el cerebro de nuestros representantes nacionales, para que, como ahora, lleven á nuestra querida Patria á la cúspide del Progreso.

¡¡Looor eterno para aquel que nos dió LUZ, PATRIA Y LIBERTAD!!

Cerritos, Marzo de 1906.

FRANCISCO P. LECHON.



FIN

